

Edén Ferrer

Antífona (ASKESIS)

a Carlos Jiménez

*Como este mar fantasma en que respiran
peces del aire altísimo, los hombres...*

José Gorostiza

SUBÍAMOS POR LOS CRUJIENTES Y DOBLEGADOS PELDAÑOS

Era la escalera aquélla, de caracol, como depositaria
de materias marinas: subsistía su hechura
de olores guanificados, dolía el olor, viejo olor,
a heridas cicatrizadas de ramificaciones, estalagmitas coralinas;
subía la sal,
discurría la sal por los entramados de la madera memoriosa,
proclamábase el yodo dueño de todo privilegio.
Amábamos el ascenso que, con la seguridad de una aviesa
Celestina, nos ofrecía esa valetudinaria escalera: un caracol
hundido hiriendo un costado de la Catedral,

iluminado por una claridad sulfúrea.

Íbamos a ese sitio, a la hora oficinesca de los alimentos,
a colmar los pulmones con el aroma innoble del guano fosilizado
depositado por innumerables colonias de murciélagos;
a recibir el quemante trasiego del viento alto,
en los pómulos descoloridos del empleado,
encarnado en nosotros.
Solíamos subir esa escalera y llegarnos hasta la sonoridad
estocástica de las campanas de la Catedral: oro y bronce
fundidos de alamares y cañones vibrando al son de la risa nerviosa,
la risa nuestra de escribientes, tramposos y atrapados y,
Bouvard y Pécuchet alucinados, muertos de miedo,
de melancolía, desasosegados en la hora previa,
hora sagrada del francés y del abate.

ESA ESCALERA, PLEGADA, COMIDA POR EL COMEJÉN DE SIGLOS,

convocaba el paso de decrepitos hijos de Sileno, el Viejo.
(Hago una pertinente aclaración: nos impulsaba el impulso mismo,
no los dioses más o menos imperecedores. Subíamos

sin intención de subir. Quiero decir,
como quien pone su empeño en otra parte.

Era, como he dicho, ardiente el viento, y apunto: los turbiones
que suele se agitaban y golpeaban la corteza débil
del muy gastado recubrimiento de nuestra alma, ay, tan joven).

ERA COMO UN LLEGARSE, CASI COMO UN PRESAGIO, UN IR Y VENIR
pasando y pisando proustianamente a paso de lobo, con tal de evadir
(debe leerse soslayar) un infamante retén militar enclavado
en la mitad justa de la torre.

Dimanaba alcanfor propio de las algas marinas,
manaba (ya que la piedra se obstinara en transpirar), manaba
-lo digo como al paso, con impertinencia- hedor a océano,
maloliente regusto tropical en el interior de una torre
-nada menos-, señorial torre plateresca madrileña y aposentada
(no sé si malnacida) en una cuenca acuosa.
Salvar el hito de la soldadesca adventisca,
saltar por cima de los travesaños, peligrosísimas astillas
que daban la sensación de hojarasca bajo la suela del zapato,
y alcanzar, apercibirse en lo más elevado de aquella promoción de la piedra,
conjeturaba un placer sólo conjeturable a la inestabilidad
que precipita en nosotros un perfume.

Entonces era Eolo, los ojos capturados por él,
los lagrimales inservibles, fracturado el precario escudo
de los espejuelos y...
el advenimiento de la Plaza,
aquella congestión granítica, el temido sitio cortado a ras,
el bronco espacio plano y pleno que se nos echa encima,
el arduo tobogán crecido hasta el límite del horizonte, mas circundado,
de alguna manera detenido,

contenido por el tezonte y el grano
de una sillería que me es ahora escasamente familiar.
Ahí, en ese lugar ínsito fijo del espacio, nos sentábamos a simplemente
devorar un mendrugo, apurar un toско licor de graduación temible
...y conversar.

HABLEMOS CON FRANQUEZA: ESTA TORRE POSEE (COMO TODO
en el universo de lo real) un doble, el doppoldänger de Teofastro, de Occam, Averroes.

De su naturaleza -del mismo modo que *me* sucede con el Otro-
no podía más que evocar un parecido de familia.
Este adelgazamiento del espacio está, además, adosado a un edificio, el cual,
a no ser por una situación protocolaria,
pudo muy bien no haber nacido, o haber sido
de una índole muy otra: digamos que una especie de bastarda
floración hispanoablante.

(Si nos fuera dado despojar a la forma de volumen, aquí,
donde la conjunción de la materia se aglutina y pliega
desafiando a la bóveda celeste, operaría un insólito bosquejo
extraño a cualquier posible geometría: de algún modo
podríamos circunscribir al arco de medio punto de la balconería,
el balaustre y la voluta inmensa, en el esgrafiado de una imposible,
inverosímil partitura musical de dimensión divina).

Aquí, paralelogramo por el que el viento cuela sus cuchillos
y acribilla los carcomidos muros interiores,
la sección áurea todo lo devora y domina imperativamente
el canon musical.

Aquí, el Ojo asiste a su propio nacimiento,
revelación de su esencia primordial:
puede decirse que hasta ahora el complejo mecanismo retiniano
ha carecido de función o se ha limitado a envejecer

inútilmente, como un trasto agobiado.
 Sobre la basáltica laja que se rinde a los pies de este poliedro,
 pulula la preocupación sin rostro, activada por los resortes del Deseo
 (la necesidad o el poder insatisfechos), el áspero dinero.
 El prodigio brutal que imprime el ritmo,
 donde se teje (por az-zahar) lo cotidiano,
 insospechada capilaridad bilógica errabunda,
 parece estar dispuesto por la mano —como aseguran místicos estetas—
 de Arquetipo intangible: ahí, el abismo.
 Cuando la lluvia crepuscular se apodera del espacio,
 las oleadas que acometen a este descampado
 castigan con un furia oceánica al colosal obelisco,
 en cuyo interior se desarrolla un majestuoso réquiem
 ignorado por el oído humano.
 Es la escalera entonces un caracol auricular: el carrillón,
 los tímpanos —las hijas percutientes de este campanario—
 forman el diapasón del coro, de las cuerdas que pulsa
 un vesánico dios, trasplantado del panteón mediterráneo.
 Se teme, con razón, al vértigo, hechizo del acantilado,
 pero se desconoce (o se reniega dello) la noble stirpe
 de este instinto:
 es un jalonamiento, una lucha que se libra en el interior
 del alma y que la tensa, la pone en armonía con el
 concierto cósmico y la coloca en trance de agonía:
 el Orco reclama lo que le pertenece en cuanto vaso:
 “la naturaleza tiene horror al vacío”.

DESDE TAL TABERNÁCULO SE MIRA AL ESCAMPAR, EN EL OCASO,
 al horizonte como si fuera obra de recamador, azul, púrpura
 y lino retorcido...

Entonces cabalga sobre los girones debilitados de las nubes
 una tristeza sideral, compacta, floreciendo desde un alvéolo del planeta.
 El Ojo, de tal manera vuelto sobre sí, asoma a las interioridades nocturnas
 de la larva y consiente en leer (en arabescos caracteres)
 las antiquísimas hojas quebradas, rotas del espíritu:
 un puro ir i venir del mismo río del cual no se cura la memoria;
 el choque brutal intermitente de aceros mellados y los mismos
 en su enervante sucesión; el inútil desciframiento oracular
 tejido a lo largo de la generación; el martirologio sobrecogedor
 de las razas; el lamentable devenir de las horas
 como en un palco de la Ópera; la inefable terquedad del musgo,
 y el estéril recuerdo de la infancia y sus prodigios
 de cinematógrafo dominical.
 Es este el momento en el cual el Dolor confiesa su parasitaria,
 dormida existencia inquilinaria, morosa,
 por qué no decirlo, crüel (la pesadilla es una vieja agazapada en la cuna).
 Se reconoce entonces que no existe salvación posible
 en la disposición fortuita de una mesa de disección, una máquina de coser, etcétera.
 Se sabe (sabidamente) que el hábito no puede ser el del señor Balssa,
 sino la intolerable camisa de llamas del poeta;
 y se infiere, desde luego, que la vestimenta habrá de diluirse
 o (si la bioquímica dispone) petrificarse.

Así, si se quiere, uno desnudo descende una escalera. ◇